

CATEGORÍA A (E. PRIMARIA) MODALIDAD GRUPO

“Las aventuras de Alfred y Agatha I: Los 10 pájaros Elster” Ana Campoy

La niña avanzaba por el camino de piedra con paso firme mientras que aquel extraño chuchó la seguía casi sin despegarse de sus piernas. No le agradaban los perros. Jamás le habían gustado. Y encima ése tenía un aspecto de lo más inusual. Alfred no era capaz de averiguar de qué se trataba, pero estaba convencido de que aquel animal no era como los demás.

Cuando penetraron en el vestíbulo de la mansión, Hércules estaba guardando en el armario de la plata las piezas de la cubertería utilizadas la noche anterior. Los señores Miller habían ofrecido la habitual cena de los martes, y cada semana los sirvientes se afanaban en lograr que el servicio fuera exquisito e impecable. Agatha se acercó al mayordomo y le preguntó si sabía algún detalle más sobre el paradero de Víctor y las causas de su detención.

-Por supuesto, señorita Agatha. El asunto es la comidilla del barrio –le informó Hércules-. Al parecer, hace tres días que el jardinero Víctor fue detenido. Le han acusado de robar las joyas de nuestra vecina de al lado, la anciana señora Elster.

- ¡Las joyas Elster! –exclamó asombrada Agatha.

- ¿Qué tienen esas joyas de especiales? –balbuceó extrañado Alfred.

- La respuesta es bien sencilla, señor. No estamos hablando de cualquier perla o collar como los que lucen las damas en sus reuniones sociales, sino de algo único y especial: los diez pájaros Elster.

- ¿Pájaros? –interrumpió el niño.

- Por supuesto, caballero –prosiguió el mayordomo con su voz ceremonial-. La señora Elster es famosa por su gran afición a la ornitología. Su amor por los pájaros es conocido en todo Londres. De hecho, es miembro de honor de la Real Sociedad Zoológica y asiste de manera habitual a los actos celebrados por dicha sociedad. Hace

ya más de cincuenta años que comenzó una colección de esculturas realizadas a imagen y semejanza de los principales y más majestuosos pájaros del Imperio. Las figuras están realizadas en oro y piedras preciosas. La misma reina Victoria se encargó de regalarle una de las joyas, la más importante, que es la que fue hallada dentro de la bolsa de ese jardinero.

-¿Y cómo es posible que el ladrón se las arreglara para robar las piezas? ¿No había nadie en casa para poder detenerle?

- Eso es precisamente lo que la policía de Su Majestad trata de resolver, señorita Agatha –explicó Hércules-. Como usted bien sabe, el pasado sábado tuvo lugar la deliciosa representación de ópera de Puccini, a la que sus padres, los señores Miller, también tuvieron el placer de asistir. Los Elster tampoco faltaron a la cita, pues es de sobra conocida su devoción por la música y cualquiera de sus manifestaciones. No se pierden ni un estreno de ópera que tenga lugar en Londres.

Morritos se sentó sobre la alfombra del salón de invitados y comenzó a rascarse su larga oreja izquierda. Al verla, el mayordomo cayó en la cuenta de que sus jóvenes oyentes no estaban muy interesados en las aficiones de la familia vecina. Carraspeó y cerró el armario de la plata con su pequeña llave de cobre. Tras guardarla en su bolsillo, se fijó en la sobria indumentaria de aquel niño que acompañaba a la señorita Miller. Era un tanto atípico que éste hubiera aparecido tan de repente. Sin duda, su visita era fruto de otro de los casos iniciados por la incombustible señorita, aunque puede que en aquella ocasión todas esas preguntas tan sólo se debieran a simple curiosidad. Saboreó el pequeño silencio que había creado y se dirigió de nuevo a los dos niños, que aún le miraban expectantes.

-Como iba diciendo, los señores Elster no se hallaban en casa la noche del sábado, y cuando regresaron se encontraron el armario que custodiaba las joyas abierto de par en par. Los diez pedestales sobre los que descansaban los valiosos pájaros estaban vacíos. El jardinero Víctor tuvo que actuar de manera muy sigilosa para lograr no ser visto por nadie del servicio y llevarse las joyas consigo.

-¿Por qué querría Víctor hacer algo así?- se preguntó Agatha-. No es propio de él un comportamiento tan deshonesto.

-Da igual el motivo. El caso es que ya está entre rejas, puedo asegurarlo- contestó Alfred con voz tajante-. Y te juro que no tengo tiempo para quedarme a averiguar más. Si no cojo el último tranvía, me voy a ganar una buena y esta vez seré yo el que tenga problemas.